

INFORMACION

APUNTES SOBRE LA MITOLOGIA MINERA EN LA AMERICA ANDINA

Por L. F. MAZADIEGO (*) y O. PUCHE RIART (**)

INTRODUCCION

El sincretismo religioso es una de las características que mejor definen el folclore minero. Como expone GREGORIO IRIARTE en su obra *"Los mineros: sus luchas, frustraciones y esperanzas"* (1983), *"el espíritu del minero, hundido todo el día en la soledad tenebrosa de la mina, es extremadamente sensible a todo fenómeno religioso (...). El miedo a que la veta de estaño desaparezca, el miedo a los derrumbes de los viejos socavones; miedo a los accidentes fatales y a la silicosis, miedo a las almas de los que han muerto en las minas, miedo a los espíritus del mal. Las largas galerías, los buzones insondables, los antiguos parajes abandonados, son los lugares más apropiados para que en ellos se esconda todo mal espíritu"*.

Con la llegada del cristianismo a la zona andina, los quechuas y los aymaras, etnias predominantes de la región, incorporaron nuevos elementos a su particular credo, consiguiendo de esta manera, enriquecer su panteón divino. Así al menos lo afirma SANTIAGO MONAST en su libro *"El mundo religioso de los aymaras"* (1967), quien defiende que esta circunstancia se debe a que estos pueblos no entienden la fe desde planteamientos abstractos, sino vinculándola a su vida cotidiana, a sus temores e ilusiones. Quizá sea por lo que las definiciones de Señor, Santos o

(*) E. T. S. Ingenieros de Minas de Madrid.

(**) E. T. S. Ingenieros de Minas de Madrid e I.N.H.I.G.E.O.

Virgen tienen significados propios, no siempre coincidentes al cien por cien con los de la doctrina cristiana.

Este enraizamiento de la fe en el día a día configuró un universo de seres, tanto benignos o protectores como malignos o demoníacos, que servían como vehículo para explicar fenómenos naturales que escapaban de su comprensión. Y es en torno a las minas donde la riqueza de detalles y descripciones, la transmisión de leyendas y la celebración de rituales, alcanza un mayor nivel, acaso por la propia dureza del trabajo de extracción de los minerales.

La leyenda del Chanco Verde

Si bien no se pueden clasificar de manera homogénea a los duendes y diablillos en todas las minas, ya que cada una de ellas adopta personajes propios, el Chanco Verde es uno de esos seres que se cita en la mayor parte de las explotaciones mineras de Sudamérica.

Según relatan las leyendas, el Chanco habita cerca de las vetas de metal, actuando a modo y manera de protector de las riquezas de la tierra. A medida que los mineros se aproximan a alguna zona rica en metal, el Chanco emite gruñidos y gritos, muchos de ellos en un tono lastimero, con el fin de asustar a los trabajadores. Pero si estos vencen el miedo y deciden beneficiar el mineral, el

(!) Chanco: Cerdo (N. E.)

Chanco, aturdido por la presencia de los humanos, echa a correr. Los que aseguran haberle visto y han sobrevivido a su maleficio, dicen que sus ojos centellean, no saben si de odio o de miedo, y que a su paso se desprende un intenso olor a azufre. Son muchos los que mueren al respirar tan penetrante olor.

RIGOBERTO PAREDES, famoso por su extensa obra *"Mitos, supersticiones y supervivencias populares de Bolivia"* (1963), considera que el Chanco es una alegoría del mal de mina o silicosis.

ASUNCION LORENZO (1997) también dedica unas líneas al Chanco Verde en su artículo sobre las minas bolivianas que fueran propiedad de Simón Iturrí Patiño, llamado el *"rey del estaño"*: *"Los trabajadores cuentan historias sobre el Chanco Verde, una especie de cerdo maligno que se esconde en el interior de las minas y cuyo olor es el principal responsable de la silicosis"*.

Las Vírgenes de las minas

Los mineros de Sudamérica profesan una especial fe en la Virgen María; no hay mina donde no se venera su imagen. La festividad de la Inmaculada Concepción, el ocho de diciembre, suele ser un día de alegría. Las galerías se engalanan, se escucha la música de las comparsas y se organizan procesiones.

En la importante población minera de Oruro, es la Virgen del Socavón la más querida. Normalmente, los festejos suelen combinar elementos cristianos y

paganos, tal y como asegura el ya citado GREGORIO IRIARTE, sacerdote que desarrolló gran parte de su labor pastoral a pie de mina y que acabó convirtiéndose en un firme defensor de los mineros en sus reivindicaciones laborales y políticas, sobre todo durante el mandato de los dictadores que asolaron los países hispanoamericanos.

El origen del culto a la Virgen del Socavón se remonta a la mitológica batalla entre Huari, dios del mal, y el pueblo de los Urus, antiguos pobladores de Oruro. Decidió castigarlos por haber abandonado el camino del mal que él les había mostrado. Para cumplir su venganza, envió a la tierra a tres animales mitológicos: por el Sur, una serpiente, por el Norte, un monstruoso sapo, y por el Este, una plaga de hormigas gigantes.

Cuando los Urus estaban a punto de ser rodeados, apareció una hermosa joven que desafió a Huari, que había adoptado la forma de un gran lagarto. Esta misteriosa mujer cercenó la cabeza del lagarto a golpe de espada, episodio que aún es recordado en los carnavales de Oruro cuando las nativas suben a los montes a matar cualquier lagartija que ose interponerse en su camino. Después, la joven convirtió a la serpiente y al sapo en rocas, y a las hormigas en arena.

Fue esa muchacha de la leyenda la que se transformó, ya imbuida por componentes cristianos, en la Virgen del Socavón. Sin embargo, la victoria no fue definitiva, ya que Huari se salvó escondiéndose en las profundidades de la tierra para velar los yacimientos mineros, sobre todo los de estaño.

La antropóloga estadounidense JANE NASH prefiere otro origen para la Virgen del Socavón. Transcribe una antiquísima tradición según la cual Huari fue quien convenció a los labradores para que abandonaran sus campos de cultivo y se esforzaran en escarbar en busca de minerales. De esta manera, sigue relatando NASH, la gente se alejó de una vida tranquila y pacífica por medio de borracheras y orgías organizadas con el dinero ganado tras la venta de los minerales. El resto de la historia difiere en poco de la anterior: aparecen la serpiente, el sapo y las hormigas, así como la Nusta, virgen india luego identificada con la Virgen del Socavón. La serpiente petrificada puede ser vista, partida en

dos mitades, en la montaña donde está la ermita de Chiripugio; el sapo está convertido en piedra junto al cerro de San Pedro; el lagarto se muestra en la laguna de Cala Cala, donde murió ahogado en su propia sangre. Las hormigas se transformaron en las dunas que se amontonan en la periferia de la ciudad.

Por su parte, JOSE VICTOR ZACONETA publicó un hermoso relato en 1925 acerca de *"la Virgen del Socavón y la corte infernal"*, donde defiende que hace unos tres siglos, un ladrón había construido su refugio en el cerro Pie del Gallo. Este hombre, llamado Chiru Chiru, vendía en los suburbios lo que robaba a los ricos y a los caciques. Sin embargo, durante una de sus transacciones comerciales, Chiru Chiru fue herido por obra de una certera puñalada en la espalda. Agonizante, deambuló sin rumbo hasta llegar a su guarida, donde murió protegido por la *"mirada tierna y maternal de la Virgen, que por siempre quedó reflejada en uno de los muros de su vivienda"*.

Abundando en más historias acerca de la Virgen del Socavón, se cuenta la de Nina Nina, otro ladrón que fue auxiliado por la Virgen. De esta manera, los indígenas ven en esta Virgen a la madre que todo lo perdona, incluso las peores fechorías, movida por un amor y comprensión que ningún ser humano puede rechazar. La Virgen del Socavón, también identificada con la Virgen de la Candelaria, es el principal motivo de fe de los mineros, sobre todo a raíz del descubrimiento de su imagen alrededor del 1789.

El Tío, un diablo bueno

Como ya expresara GAMBOA (1761), *"en las cercanías de las minas viven los diablos. Asimismo, en los cerros moran los dioses; el mismo Cerro de Potosí era una huaca, un lugar sagrado de culto"*. Acaso esta creencia es la última y más auténtica razón de la mitología creada en torno a las explotaciones mineras del área andina.

Asimismo, FEIJOO (1753) puntualiza que *"mal persuadirán esto a los españoles americanos, que nunca se han quedado de que los demonios los ayan obligado á desamparar las minas, antes entretanto que esperan más abundancia de metal a mayor profundidad, con desprecio de diablos, que parecen no que-*

rer encontrarlos aun en las cercanías del infierno".

Todos los años, los mineros bolivianos, ataviados con máscaras, rinden culto a la Virgen y al diablo. Participa el pueblo al completo distribuido en asociaciones, llamadas comparsas, con nombres tan pintorescos como los Diablos o Diabladas -verdadero centro del carnaval-, las Morenadas -en recuerdo de los esclavos traídos desde Guinea a las minas-, los Incas -con representaciones de la Conquista-, los Kullada -que simbolizan la labor de los hilanderos- o la Llamerada -que conjugan un culto a la llama y una escenificación de los cargamentos de plata que eran ofrecidos al Inca-.

Como relata CARLOS DECKER-DELGADO (1988), *"durante una semana, impresionantes diablos pasean sus víboras, lagartos y sapos por las calles"*, en recuerdo de la leyenda antes mencionada, *"inmersos en una coreografía de una agresividad demoníaca. Cientos, miles de diablos vestidos de oropel, con cabezas de cuernos ensortijados y un colorido surgido de la más infernal de las paletas se adueñan de la población. Sus danzas rememoran hechos históricos y las creencias más profundamente enraizadas en los mineros"*.

El ritual dedica especial atención al encuentro entre el Supay y Satanás, recogido por GUILLERMO FRANCO-VICH: *"Cercana la fecha de la Conquista, el Supay tuvo un sueño en el que vio arribar a las costas de América un monstruo alado que comandaba un poderoso ejército de hombres vestidos de metal que avanzaban sobre los lomos de animales con cuatro patas. El monstruo alado, todo él de un negro como el plumaje de los cuervos, se presentó a Supay diciéndole que era Satanás. Después de que los hombres blancos revestidos de metal derrotaran a los nativos, Satanás le ofreció a Supay para que le acompañara y así poder enseñarle e instruirle en los más secretos misterios del mal. Sin embargo, Supay, avergonzado por haber sido vencido en el campo de batalla, rechazó tal propuesta y se recluyó en los lugares más profundos de la tierra"*.

Será por este motivo por el que Supay intentará en lo sucesivo compensar a los mineros de la humillación que sufrieron sus antepasados. Es un diablo bueno, un ser generoso movido por un



Figura 1. El Tío a la entrada de una mina de interior de Bolivia

insufrible remordimiento. Es él, Supay, quien pone al alcance de los mineros, sus sobrinos, las buenas vetas de mineral. En la actualidad, el Supay ha sido reemplazado por el Tío, para afianzar su relación de parentesco con los mineros, y acaso, como comentan no pocos historiadores latinoamericanos, para defender su imagen y culto de las prohibiciones de los primeros gobernadores españoles.

Todos estos personajes, el Tío o Supay, la Virgen del Socavón y el lagarto, la serpiente, las hormigas y el sapo, forman parte de la representación del carnaval. Sus fechas de celebración no son casuales: mientras que los carnavales europeos se sitúan coincidiendo con la cosecha, en los países andinos, esto es en el Hemisferio Sur, también coinciden con tan relevante momento del ciclo de la vida de la comunidad. Aunque el protagonismo de los mineros es importante, no se olvidan ofrendas que recuerdan antiguos ritos de fertilidad relativos a la Pachamama.

El Tío suele estar representado en las entradas de todas las minas. Es modelado en barro. Su rostro es benevolente, siempre con una sonrisa entre pícaro e irónica. No debe faltarle un cigarrillo, ni tampoco una ración de chicha, -bebida alcohólica de maíz fermentado- coca y alcohol. Siete hojas de coca prendidas a

su cuerpo son el símbolo de los siete pecados capitales.

La ya citada ASUNCION LORENZO explica que *"los mineros llevan regalos al Tío, un diablillo con muy mala fama al que se cree lo suficientemente poderoso como para provocar derrumbamientos. De ahí que todos los mineros le agasajen con tabaco y alcohol antes de comenzar la jornada. Tampoco se olvidan de derramar vino sobre el feto de una llama en las entradas de las galerías para agradar a los espíritus, que, en caso de enfadarse, podrían provocar un desastre. Y, finalmente, los domingos piden perdón a Dios por creer en supersticiones"*.



El carnaval de Oruro

Durante el carnaval, los indígenas se disfrazan de diablos configurando las llamadas diabladas, danzas de extrema agresividad y movimiento, que simbolizan la rebelión contra el poder de los caciques. Son danzas de sublevación, anárquicas y llenas de intención.

Según expresara AUGUSTO BELTRAN HEREDIA, *"los mineros para ganarse la aceptación del Supay, dueño de las riquezas minerales, organizaron las primeras comparsas de diablos, adornados con lagartos, sapos y serpientes, que obedecen a otro personaje vestido de Lucifer, también llamado Huaricato. Cantan y rezan a la Virgen, participan en la misa que se celebra en la iglesia del Socavón e hincan la rodilla delante del arcángel San Miguel"*.

El jueves de carnaval se convoca una reunión en los mercadillos, previa a la ofrenda al Tío. El rito se denomina convite. Se inicia al amanecer del viernes y consiste en el entierro de un "sullu" -feto- de llama o un gallo vivo de color blanco. Después tiene lugar la "Challa" o



Figura 2. Escenas del carnaval de Oruro

derramamiento de alcohol como agradecimiento a la Pachamama, la Madre Naturaleza, que se nutre de la Virgen María al igual que los cerros, "Apu", lo hacen de Cristo. Como relatara el periodista LUIS PANCORBO en uno de sus documentales, el brujo andino suele dirigirse a ella con esta plegaria: "Ahora te traigo esto por las llamas, acéptame, bonita, Santa Tierra Pachamama".

La "Challa" es probablemente de época republicana, porque la llama, durante el Imperio, fue protegida dado que suministraba importantes servicios. En efecto, el altiplano andino fue el centro de domesticación de animales característicos del biotipo puneño: la llama y la alpaca. Estas "ovejas de la tierra", como las llamaban los cronistas hispánicos, constituyeron elementos esenciales para la vida en altura. De ellas se aprovechó la lana para la confección de tejidos; su carne, para la alimentación, bien seca o deshidratada ("charki"); los excrementos como combustible ("takia") y, sobre todo, la utilización como animal para el transporte de cargas, tanto en las minas como en otras actividades.

Se aprovechaba todo de ella; hubiera sido difícil, como defiende CARLOS SERRANO (com. pers.) que fuera sacrificada. Entre los incas, cada "ayllu" o comunidad tenía grandes rebaños de llamas y en tiempos de guerra los abastecimientos militares viajaban a lomos de millares de estos camélidos. No es raro que este animal haya sido motivo recurrente en el arte de los diseños de sus textiles o en reproducciones en oro y plata.

A finales del siglo XVI el Cabildo de Potosí trata, al menos en cuatro ocasiones, el tema de la protección de las llamas, prohibiéndose matarlas. Su importancia viene reflejada en las palabras de JIMENEZ DE LA ESPADA, cuando señala que "el mitayo viene con sus mujeres, hijos y llamas". Asimismo, CARLOS SERRANO (com. pers.) aun recuerda cuándo empezaron, siendo niño, las cuadrillas de diablillos danzantes en Potosí. Esta tradición es originaria de esta ciudad, de donde ha pasado a Oruro, Norte de Chile y zonas próximas.

Durante la ceremonia, los mineros repiten loas de alabanza al Tío, agradecidos por la suerte con que les ha favorecido, y ofrendan a la Pachamama, madre divina que protege a sus hijos los mineros de los accidentes y desgracias. Este

ritual no puede ser realizado por cualquier persona. El elegido es el Yatiri, una especie de hechicero o chamán, curandero o brujo, al que se le reconocen virtudes especiales. Son personas que dicen ser capaces de comunicarse directamente con los dioses y de interpretar sus señales, que, luego, traducen a los demás hasta hacerlas comprensibles.

La sangre es un elemento capital en esta ceremonia como símbolo que es de la vida y reflejo de las antiguas tradiciones en honor de Inti, dios del Sol. Después de los conjuros y oraciones del Yatiri, su ayudante sacrifica a los animales elegidos, almacenando su sangre en cuencos que, tomados por los asistentes a la ceremonia, sirven para arrojarla contra el Tío en señal de súplica.

No extraña la tradición moderna de la Challa, el Tío y los diablillos. Hay un caso peculiar, descrito por ENRIQUE ROJAS (1997) en el 49 International Congress of Americanists: "Hacia el siglo XVII, los misioneros franciscanos introdujeron como parte de su estrategia evangelizadora, la tecnología para transformar el mineral de hierro en el territorio del grupo Campa Ashaninka. Este conocimiento fue conservado por especialistas de este grupo tras la rebelión de Juan Santos Atahualpa hasta el siglo XIX. La pérdida de esta tecnología por este grupo, durante la conquista de estos territorios por el estado republicano, constituye el punto de partida

para la construcción de toda una interpretación mítica sobre las relaciones de los Ashaninka con la sociedad nacional de nuestros días".

Las vísceras de los animales son vertidas a una hoguera, preparada asimismo por el Yatiri, y en cuyas llamas lee el futuro presagiado por Supay.

El Huilanchó

Desde la época preincaica, los rituales religiosos andinos tenían como centro el sacrificio de una llama. El culto estatal mantenía como referencia la adoración y veneración del Sol (Inti), considerado por los incas como su divinidad o huaca protectora. El término "huaca" era también empleado entre las etnias quechuas y aymaras.

Del carácter de los distintos rituales dependía la clase de las ofrendas, que generalmente se consumían en el fuego. El maíz, los tejidos y las llamas ocupaban un lugar preferente, junto con las hojas de coca y los metales preciosos.

Centenares de llamas eran sacrificadas para asperjar con su sangre las huacas que centraban estos rituales, quemando después su carne en honor de los dioses. La palabra aymara "angu caura" servía para designar a una llama ofrendada a los dioses o a una llama guisada para jefes étnicos visitantes. Sin embargo, tras la llegada de los conquis-



Figura 3. Preparación de la Challa



Figura 4. Quema de la ofrenda por el Yatiri.

tadores españoles, estos ritos fueron prohibidos por ser considerados actos paganos y comenzó a perseguirse a quienes los oficiaban.

Recientemente, se ha recuperado el espíritu de estas ceremonias. El Huilanchó, como así se le denomina, suele hacerse coincidir con la celebración del carnaval. Durante el mismo, se rinde culto a la Pachamama por permitir extraer mineral de las entrañas de la Tierra. Se la recompensa con dulces, galletas con forma de animales y confites. Además se utiliza sebo de llama, un feto de este camélido y una llama de color blanco.

El blanco es el color de la pureza. Se llamaba "napa" a la llama macho -"paco"- de lana blanca. CRISTOBAL MOLINA (1574) se refiere a esto cuando describe las fiestas del solsticio de invierno, la época del Sol joven, en la estación seca: "Llevaban delante unas ovejas grandes -llamas y alpacas- del grandor de los carneros, dos de oro y dos de plata, puestas en los lomos unas camisetitas coloradas a manera de gualdrapas. Llevábanlos en unas andas, lo cual hacían en memoria de los carneros que dicen salieron de Tambo con ellos. Los indios que los llevaban eran señores principales. Iban con muy ricos vestidos. Llamáse a estas ovejas de oro y plata corinapa y colquinapa".

Resulta cuanto menos curioso que en la ceremonia del Huilanchó, se denomina "paco" al chamán encargado del ritual, quién sabe si en recuerdo de esas míticas y sagradas llamas blancas. De igual manera, "paco" era como se nombraba al mineral de plata de mayor ley.

El "paco", ayudado por dos personas, inicia el Huilanchó quemando incienso y colocando las mejores hojas de coca en una mesa. Cuando llega la medianoche,

procede al sacrificio de la llama, tras practicarle un pequeño corte a la altura de la ingle e introduciendo la mano hasta arrancarle el corazón, deposita la víscera en la mesa y controla los minutos durante los que sigue latiendo. Este tiempo es interpretado como señal del futuro que aguarda a la mina.

Más tarde, la sangre se vierte en bolsas y, mezclada con vino, es esparcida por los tajos y labores para, de esta manera, saciar la sed de la mina. La ceremonia concluye enterrando a la llama en algún lugar de la explotación, siempre depositándola en dirección al punto de salida del Sol.

Las almas en pena

La muerte es una compañera inseparable del minero. La negrura de los socavones, el riesgo de que se produzca un accidente, todo parece confluir en el peligro que caracteriza a este duro trabajo. Quizá sea por esto que GREGORIO IRIARTE (1983) considera que son las "almas en pena lo que más conmueve, inquieta y aterra al minero andino. En el leve susurro de una corriente de aire, en el ruido de una piedra que se desprende o en el chasquido de las gotas de agua sobre la roca, reconoce a las almas que le llaman con insistencia".

Este temor casi reverencial por las almas de los compañeros muertos en la mina se entronca con tradiciones que se remontan al Imperio Inca, durante el cual los cadáveres eran objeto de una sincera veneración. A medida que transcurrían los años, estos cuerpos inertes, en algunos casos momificados, eran reconocidos como Malquis, y eran los encargados de velar por el bienestar de sus descendientes. Cuando los restos quedaban reducidos a polvo, pasaban a adorar el lugar del enterramiento, y sobre todo a las piedras, al río, al árbol o a cualquier objeto de la naturaleza que estuviera próximo. Eran los Achachilas o Protectores.

Quizá por ello los mineros andinos, herederos de estas tradiciones, sientan a sus compañeros muertos. Creen que si el fallecimiento llega a raíz de un accidente, la vida ha sido abortada antes de tiempo, y que las almas vagan errantes, desorientadas, sin saber todavía a qué mundo pertenecen. Para conjurar su dolor, suelen elevar cánticos y depositar flores y alimentos a esas almas tristes que no saben dónde están.

Sirva como ejemplo de lo expresado la conversación que A. LORENZO mantuvo con un minero boliviano: "ayer mismito hubo revuelta porque un compadre dijo que escuchó gritos y llantos. Ahí dentro pasan cosas tristes. Son los muertos de la noche de San Juan".

A MODO DE CONCLUSION

Como señalara SHERDRAKE (1994), "las mitologías de las minas están llenas de duendes, genios y gnomos, diminutos guardianes de los tesoros terrestres. Después, el mineral se llevaba al horno, que aceleraba su maduración por medio del calor; los hornos actuaban como matrices artificiales, y el fundidor y el forjador asumían los poderes gestadores y formativos de la Madre. En las sociedades antiguas, los forjadores y todos los que trabajaban el metal eran temidos y tenidos en alta estima; sus poderes eran considerados a la vez sagrados y demoniacos". En Perú son frecuentes los "mukis", seres diminutos de las minas.

El hombre se mueve entre fe y superstición, entre lo universal y lo local, entre el monoteísmo y el culto a deidades menores. En el encuentro de chamanes y curanderos, celebrado en las pirámides de Cochasqui (Ecuador) en julio de 1997, hemos podido observar cómo el pueblo andino en sus distintas variedades étnicas y sociales, combina cultura inca y tradición cristiana. No nos sorprende que ya a finales del siglo XVI, el arzobispo metropolitano de Lima San Toribio Alfonso Mogrovejo recorriese el Virreinato del Perú combatiendo la superstición.

En cualquier caso, el altiplano andino, al igual que la Europa medieval o el continente africano, ha sido escenario de toda una cohorte de seres salidos de la mitología, las leyendas o de la superstición, que, a la vera de las explotaciones mineras, han entretendido historias que aún moran en las vidas cotidianas de los lugareños.

REFERENCIAS

- * ALCARAZ MASIAS, D. (1993). "Potosí colonial. Tradiciones y leyendas". Editora El Siglo. Potosí. Bolivia. 202 p.
- * BOUSO, J.L. (1995). "Kori Kollo, Inkas Kutimun". Rocas y Minerales. Julio 1995. p. 67-82.

- * BRAVO, M^a. C. "Los Señores de los Andes: Entre el Cauca y Potosí". Ed. Akal. Colección "Las Américas. Etnohistoria". 62 p.
- * BRIONES, D. (1996). "Huilaicho minero en Orcopampa". Minería. N° 238. p. 52-53.
- * DECKER-MOLINA, C. (1988). "Oruro. Carnaval del Diablo". GEO. N° 14. Marzo 1988. p. 61-70.
- * GAMBOA, F. X. (1761). "Comentario a las Ordenanzas de Minas dedicadas al Catholico Rey Nuestro Señor Don Carlos III". Cap. XXIV: "De los frecuentes hurtos de los trabajadores en las minas y de su castigo ...". p. 461-462. Imp. Joachim Ibarra. Madrid.
- * GUERRA, A. (1971). "El Carnaval de Oruro". Artículo publicado en El Diario (10-II- 1971).
- * IRIARTE, G. (1983). "Los mineros: sus luchas, frustraciones y esperanzas". Ediciones Puerta del Sol. La Paz, Bolivia. 298 p.
- * MOLINA, C. (1574). "Relación de las fábulas y ritos de los Incas". En "Crónicas de los Molina". Edición de F.A. Loayza. Lima (1943).
- * MONAST, S. (1967). "El Mundo Religioso de los Aymaras". Universidad de Ottawa. p. 20.
- * PAREDES, M. R. (1963). "Mitos, Supersticiones y Supervivencias Populares de Bolivia". Ed. Isla. La Paz, Bolivia. p. 106.
- * ROJAS, E. (1997). "Los ciclos míticos de Pachakama, Inka y Sacaramentero como interpretación de los procesos de reemplazo tecnológico y subordinación económica surgidas de la colonización andina del territorio ashaninka". 49 International Congress of Americanist. Quito (Ecuador). 7-11 Julio de 1997.
- * SHELDRAKE, R. (1994). "El Renacimiento de la Naturaleza". Ed. Paidós. Barcelona. 264 p.
- * STERN, S. J. (1982). "Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española". Alianza Ed. Madrid. 358 p.
- * LORENZO, A. (1997). "Siglo XX, la mina de Patiño". En "Paisajes desde el tren". p. 45-54. Febrero 1997.